

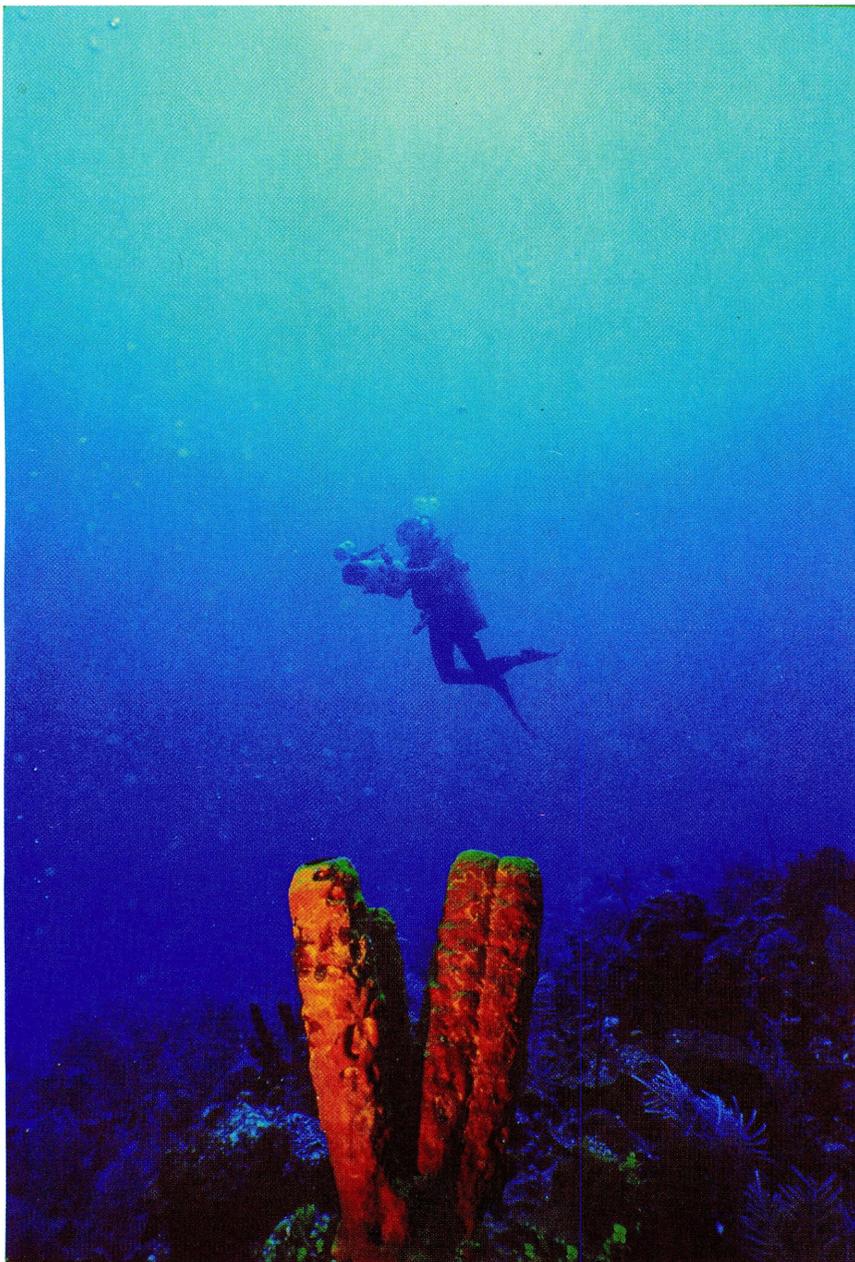


EXPEDICIONES SUBMARINAS: UN VISTAZO A NUESTRAS FRONTERAS MARINAS

Por:

ANGELA ECHEVERRY

Guionista de televisión



Cortesía libro Expediciones Submarinas Foto: Aldo Brando

HACE UN LUSTRO Colombia era un país encerrado en sí mismo, cuya mirada no alcanzaba siquiera las propias fronteras. Esta mirada no llegaba al Amazonas o a la Orinoquia, y ni hablar de las costas; Colombia era un país andino cuya cultura, salvo ocasionales vallenatos, coleos o guacamayas, era predominantemente de montaña.

La mayoría de los colombianos, incluso aquellos habitantes de nuestras fronteras marinas, pasábamos largas horas de anhelos insatisfechos frente a las pantallas de nuestros televisores ante las deslumbrantes imágenes importadas que nos mostraban la exhuberancia de la vida marina en los arrecifes australianos o antillanos. Tales maravillas eran impensables en nuestros propios territorios marinos; aventuras semejantes estaban seguramente reservadas a los grandes exploradores como el capitán Cousteau.

Este era el contexto cultural que enfrentaron quienes osaron primero escudriñar con una cámara de video lo que hasta entonces nos parecían vastos desiertos de aguas saladas. El precursor indiscutible de las exploraciones videográficas submarinas en Colombia fue nuestro colega Roberto Tovar, quien, utilizando adaptaciones submarinas para el equipo de video ideadas por él mismo, enfrentaba el reto de una emisión semanal que le impedía profundi-



zar lo suficiente en la información que ofrecía a sus atónitos y trasnochados (el programa se emitía sobre las once de la noche) pero fieles televidentes.

Poco después de iniciadas las exploraciones por parte de Roberto, y sin que tuviéramos mayor conocimiento de este valioso antecedente, una feliz coincidencia nos reunió en la ciudad de Santa Marta al biólogo Germán Bula Meyer, doctor en estudios marinos, buzo experto y gran conocedor de nuestros territorios marinos, a Fernando Riaño, cinematógrafo de reconocida trayectoria y a mí, guionista amante del mar, quienes a las pocas horas ya estábamos haciendo planes de producción para televisión, que además de apresurados parecían ilusorios.

Un par de meses después, sin embargo, Fernando y yo, ya experimentábamos en piscinas de aguas cloradas un moderno equipo de video subacuático, muy liviano y versátil. El formato que comenzábamos a utilizar era el que se utilizaba internacionalmente a gran escala para el registro de imagen subacuática: video 8 de alta resolución. A la vez que esto sucedía yo comenzaba mis lecturas en biología marina. Al poco tiempo, estábamos listos para estrenar nuestro equipo de video subacuático en el mar, y para hacer nuestros primeros pinitos de buceo bajo la tutoría de Germán en el Parque Tayrona. Para ello, sentamos base en El Rodadero, lugar de residencia de Germán y acceso relativamente fácil al Tayrona. Ninguno de los tres tenía plena conciencia de lo que nos esperaba. Germán se enfrentaba a un par de criaturas de montaña inmersas de un momento a otro en el mágico y bizarro universo submarino.

Sorteadas con buena fortuna y salud las obvias dificultades iniciales logramos recopilar durante ese corto viaje suficientes imágenes de buena calidad como para armar un pequeño piloto con el que esperábamos conseguir la financiación necesaria para nuestro

**Nuestras
primeras
experiencias
con tiburones,
tan temidos en
el Caribe,
fueron aquí
reveladores
encuentros
con criaturas
magníficas y
apacibles**

proyecto. Con este piloto y una propuesta escrita muy bien documentada y sustentada, iniciamos la búsqueda de financiación para la realización de una serie de cuatro documentales submarinos. Con el apoyo de Audiovisuales que no sólo ofreció la financiación, sino que se comprometió a darle a la serie un buen horario de emisión, nos metimos de lleno en su realización.

Iniciamos la producción en el Tayrona donde entramos en contacto cotidiano con el mundo submarino; visitamos los bosques de sargazos gigantes, las plataformas intermareales y exploramos todas sus ensenadas. De igual manera, conocimos sus problemas más agudos: la muy difundida aunque pernicioso pesca con dinamita y la sangrienta pugna por las tierras de interés turístico. Du-

rante las casi 15 arduas jornadas de trabajo en esa zona el material de cada día se revisaba en las horas de la noche para identificar las especies y ubicar bibliografía.

Posteriormente viajamos a las Islas del Rosario para iniciar allí la producción de otro de los documentales. Allí gozamos de la hospitalidad de Rafael Vieira al tiempo que comenzamos a descubrir con detalle la delicada arquitectura de los arrecifes coralinos y sus diversos y maravillosos habitantes e hicimos nuestros primeros buceos nocturnos en "Pavitos", muy cerca del Oceanario. Otra revelación para nosotros fue la inusitada cantidad y diversidad de vida que soportan las raíces de los mangles, una fiesta de pequeñas formas y colores vivos.

En las islas del Rosario grandes extensiones de arrecifes coralinos se han visto afectadas por la excesiva sedimentación procedente del Canal del Dique a través de los caños de Matunilla y Lequerica, especialmente durante las épocas de lluvias. Las poblaciones más afectadas por los sedimentos ricos en nutrientes que favorecen la proliferación de las algas han sido las de los imponentes corales Cuerno de Alce, los cuales conforman hoy, en vastos sectores de las islas, paisajes lúgubres y desolados.

Durante estas dos expediciones se hizo evidente la necesidad de tomar un curso de buceo para enfrentar las caprichosas mareas y corrientes del Pacífico, un reto muy distinto a nuestra benévola iniciación caribeña.

La experiencia de Gorgona fue para las Expediciones Submarinas supremamente valiosa. Germán, profundo conocedor del Caribe, tenía sin embargo, una muy remota experiencia de Gorgona, por lo que fue necesario contratar



un buzo guía. En ese viaje inicial a la isla nos embarcamos en un incómodo barco maderero. La turbidez de las aguas y una insólita abundancia nos dieron la bienvenida al Pacífico. Nuestras primeras experiencias con tiburones, tan temidos en el Caribe, fueron aquí reveladores encuentros con criaturas magníficas y apacibles. Lo que no vimos en esta ocasión, por no ser temporada, fue ballenas jorobadas.

Nuestra estadía en la isla nos sirvió para hacer muchas y muy buenas relaciones. Emprendimos nuestro viaje a la Ensenada de Utría en un barco de buceo, en una expedición organizada por "La Gringa" Karen Rodríguez, quien nos llevó por toda la costa norte del Pacífico hasta Cabo Marzo para descubrir en toda su magnitud y esplendor el embrujo del Pacífico. Extensas costas de un verde tupido, selvas que acudían a su eterno encuentro con un mar fogoso cuyas oscuras aguas escondían una continua fiesta de cardúmenes interminables y "jardines" de octocorales multicolores sobre abruptas pendientes rocosas. De regreso hacia el sur desembarcamos en la mágica Ensenada de Utría, donde fuimos muy bien recibidos por la entonces jefe del Parque, Rosario Esquerro, quien nos acogió, con todo nuestro desorden de tanques y equipos de video y fotografía en su propia casa, pues el centro de visitantes se encontraba en incipiente construcción. Allí exploramos los silenciosos manglares en cuyas aguas circulan nubes de pecillos que pasan

aquí sus etapas juveniles y cuyos fondos son habitados por criaturas que viven semienterradas en las blandas arenas entre los mangles recién nacidos. En las agrestes y solitarias costas del Pacífico fuimos testigos de las noches más limpias y los arboles más encendidos que pueda imaginarse cualquiera, así como de los más torrenciales aguaceros aparentemente eternos, que hacen de esta frontera marina tierra de contrastes sin igual.

La expedición más larga que emprendimos a lo largo de estos tres años de producción fue la que realizamos a los cayos del norte, en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. De la isla de San Andrés, partimos en un pequeño yate, el "Karina", hacia el cayo Serrana, frente a costas nicaragüenses, luego de veinte horas de navegación. Allí, en lo que nos pareció una diminuta isla paradisíaca de arenas blanquísimas, encontramos un puñado de jóvenes infantes de marina desprovistos de cualquier medio de transporte, encargados de custodiar la soberanía nacional. Al explorar las aguas aledañas se hizo evidente una gran pobreza de fauna íctica, debida en gran medida a la sobreexplotación pesquera que llevan a

cabo embarcaciones sin bandera, sin que los soldados pudieran hacer cosa distinta a reportar las invasiones por radioteléfono. No fue necesario llegar hasta Serranilla para entender la vulnerabilidad de estos cayos debido a su aislamiento y relativo abandono.

De regreso, nos sorprendió el amanecer ante los desgastados espectros de los enormes barcos encayados hace décadas en el famoso banco de Quitasueño. Se trata de un banco coralino cuyas afiladas crestas de Coral de Fuego y Coral Cuerno de Ciervo rasgan la superficie a intervalos irregulares. En contraste con Serrana, Quitasueño es quizás el lugar en el Caribe con mayor cantidad de macrofauna; en sus someras aguas el abigarramiento de peces era evidente. La peligrosidad de este cayo ha contribuido seguramente a su preservación.

En Providencia y Santa Catalina convivimos con una laboriosa comunidad humana enfrentada a un permanente dilema por la supervivencia, pues la isla de Providencia pasó de exportar frutas tropicales a importar casi todos sus alimentos del interior, al tiempo que la pesca se convierte en una actividad cada vez menos productiva debido a la sobrepesca de que ha sido objeto la plataforma coralina de la isla. Los pescadores isleños se quejan, paradójicamente, de las enormes dificultades que enfrentan al solicitar permisos de pesca para los cayos del norte.

En San Andrés, el panorama no es muy diferente, con el agravante de la extracción ilícita que hacen particu-

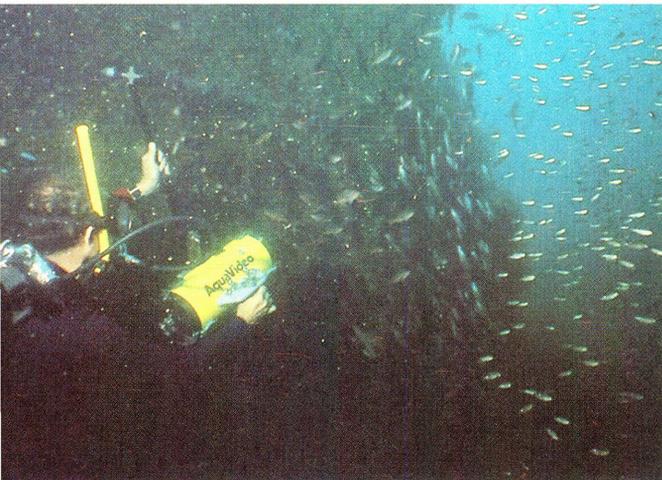


Cortesía Libro Expediciones
Submarinas Fotografía de
Aldo Brando



larmente personas venidas del interior, de vistosas especies de peces ornamentales de gran valor comercial. Desde San Andrés, luego de haber explorado fascinantes profundidades como las del "Blue Hole" e intimado con las nubes de peces glotones de "La Piscinita", emprendimos una corta expedición a bordo del velero "Blue Lizard" hacia el cayo de Albuquerque. Aquí, encontramos campamentos de pescadores que comparten refugio con grandes bandadas de aves marinas. De regreso, exploramos el fascinante universo oculto bajo una "isla" de sargazos flotantes. Presas y predadores, pequeños crustáceos... un verdadero ecosistema en movimiento, el cual irremediablemente terminaría su errancia en una playa cualquiera.

Cortesía: Libro Expediciones Submarinas. Foto: Aldo Brando



La mayor devastación de que hayamos sido testigos durante nuestras expediciones la encontramos en el Archipiélago de San Bernardo, frente al golfo de Morrosquillo, y en Isla Fuerte, un poco más al sur, donde la pesca con dinamita es una actividad tan sumamente extendida que la integridad física de los pescadores es algo que a ellos mismos les interesa muy poco.

La última expedición que realizamos durante las dos prime-

ras etapas de la serie que tenían un carácter más descriptivo y de inventario, fue a la isla de Malpelo, la porción terrestre mas occidental que tiene Colombia, a unos 500 kilómetros y cuarenta horas de navegación del puerto de Buenaventura. La isla es una elevación rocosa muy escarpada cuya máxima altura es de 376 metros sobre el nivel del mar, habitada por dos especies de lagartos, una de cangrejos, con poquísima vegetación, y una gran colonia de nidación de piqueros enmascarados azules, de cuya actividad pesquera depende en gran medida el resto de la vida sobre la gran roca. Al igual que en Serrana, se encuentra aquí un pequeño grupo de infantes de marina, igualmente dejados a su suerte y con la misma

misión patriótica, con la única diferencia de que Malpelo cuenta con un moderno helipuerto. La experiencia submarina de Malpelo es quizás la más estremecedora que pueda vivirse en territorio Colombiano. La escarpada topografía subacuática da al buceador la sensación única de un descenso sin fin. Este puede suceder en medio de una verdadera cascada de peces que se descuelgan y arremolinan a la entrada de cuevas enormes como "La Catedral", cuyo piso está completamente tapizado de blanco por las conchas pulverizadas de los balanos que cubren gran parte de las empinadas paredes. Malpelo es famosa por los enormes cardúmenes de Tiburnes martillo que parecen no inmutarse ante la intrusión de los buzos. Esta fantástica isla no es sólo un lugar remoto sino olvidado cuyo estudio comenzó el desaparecido Henry Von Prahl y que

bien amerita el interés tanto del gobierno nacional como de los investigadores marinos.

Una vez finalizada esta expedición nuestro interés se centró básicamente en temas puntuales como las ballenas en Gorgona, las tortugas marinas en las islas del Rosario, los arrecifes caribeños y los delfines, tanto de agua salada, como los del Amazonas, para completar así la tercera y última etapa de la serie Expediciones Submarinas, realizada a un ritmo de cuatro programas de 25 minutos al año, lo cual nos permitió una buena investigación de campo, una excelente documentación y una esmerada sonorización que incluyó música original para algunos de ellos.

De esta manera llevamos a la teleaudiencia nacional, sin distinción de altura sobre el nivel del mar, lo más sobresaliente de nuestros paisajes, flora y fauna marinos, con una información clara, precisa y sin sensacionalismo; se trata de un primer paso en la sensibilización y concientización de los colombianos hacia sus territorios marinos, para que, quienes nos hayan acompañado desde sus hogares en nuestras Expediciones Submarinas, no puedan seguir viviendo de espaldas a ellos.

Luego de finalizadas las Expediciones Submarinas y habiendo conformado un grupo de producción especializado en temas ambientales con alguna experiencia en tierra luego de la realización de más de media docena de documentales para el DAMA y la Corporación Nacional de Turismo, nuestro interés está centrado en un proyecto igualmente ambicioso y de crucial importancia que busca documentar la diversidad biológica terrestre de los diversos ecosistemas que conforman el territorio nacional.